



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Estrategia de permanencia estudiantil «Habitar la universidad»



Estrategia de permanencia estudiantil
«Habitar la universidad»

- Consejo Directivo -

Juan David Agudelo Restrepo
Delegado del alcalde

Juan Camilo Palacio
Representante Presidencia de la República

María Fernanda Polanía
Representante de la ministra de Educación Nacional

Juan Guillermo Paniagua Castrillón
Representante de los docentes

Luz Marcela Omaña Gómez
Representante de las directivas académicas

Alejandro Montoya
Representante de los egresados

Esteban Carmona Ospina
Representante de los estudiantes

Alejandro Villa Gómez
Rector

Juan Esteban Alzate Ortiz
Secretario general

- Vicerrectoría de Docencia -

Jorge Iván Ríos Rivera
Vicerrector de Docencia

Hernán de Jesús Salazar Escobar
Decano Facultad de Ciencias Exactas y Aplicadas

Daniel González Montoya
Decano Facultad de Ingenierías

Jorge Iván Brand Ortiz
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas

Carlos Andrés Caballero Parra
Decano Facultad de Artes y Humanidades

- Investigador principal -

John Edison Urrego Romero
Docente ocasional - Ciencias básicas

Estrategia de permanencia estudiantil

«Habitar la universidad»



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Institución Universitaria ITM

Estrategia de permanencia estudiantil «Habitar la universidad» / Institución Universitaria ITM, 2023.

20p. -- (Línea profesoral)

Incluye referencias bibliográficas

1. Permanencia estudiantil. 2. Calidad de la educación. 3. Calidad de vida.

4. Bienestar. I. Institución Universitaria ITM. II. Tít. III. Serie.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Primera edición: abril de 2023

DOI: <https://doi.org/10.22430/reporte.5925>

© Institución Universitaria ITM

Hecho en Medellín, Colombia

EDICIÓN

Sello Editorial ITM

Calle 75 75-101

Medellín, Colombia

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

fondoeditorial@itm.edu.co

El contenido de esta obra se puede acceder manera libre y universal, sin costo alguno para el lector, a través de catalogoitm.edu.co

La versión integral del contenido se ha depositado en un formato electrónico apropiado en al menos un repositorio de acceso abierto reconocido internacionalmente y comprometido con el acceso abierto.

COMITÉ EDITORIAL

Jorge Iván Brand Ortiz, Ph. D.

Gloria Mercedes Díaz Cabrera, Ph. D.

Juliana Cardona Quirós, Esp.

Jorge Iván Ríos Rivera, Ms.

Sebastián Vásquez Moreno, Esp.

Las ideas y opiniones de este libro son responsabilidad exclusiva de los autores, quienes son igualmente responsables de las citas, referencias y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no responderá ante terceros por el contenido técnico o ideológico del texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

Esta obra podrá reproducirse, distribuirse y comunicarse públicamente sin autorización de la editorial, siempre que se citen la fuente y el autor.

EQUIPO EDITORIAL

Juliana Cardona Quiros

Directora editorial

Sebastián Vásquez Moreno

Profesional universitario FEITM

Maria Catalina Ocampo Ocampo

Editora de mesa

Martha Cecilia Caballero Jerez

Corrección de textos

Mauricio Raigosa Álvarez

Diseño y diagramación

Institución Universitaria ITM (2023). *Estrategia de permanencia estudiantil «Habitar la universidad»*. Editorial ITM.

“ITM, desde el conocimiento por el conocimiento”

Alejandro Villa Gómez

«ITM Académico» da vida a una serie de publicaciones derivadas de la reflexión, la experiencia y los aprendizajes institucionales con el ánimo de ofrecer material ágil en sus posibilidades de comprensión y de fácil acceso, relacionado con políticas, lineamientos y reflexiones inherentes al quehacer pedagógico y académico cotidiano.

Sus destinatarios, los docentes y el personal académico administrativo, además de todos aquellos actores comprometidos con la conquista de los propósitos inherentes a la formación integral de los estudiantes, encontrarán en estos recursos orientaciones altamente útiles, contextualizadas en los fundamentos y las estrategias para la acción del ITM, y en las realidades y tendencias de la educación superior en el país.

Deseamos que este compendio, abierto a la actualización permanente, se constituya en pretexto para la mirada —en clave misional, institucional y pedagógica— a las disposiciones inherentes a los programas académicos y a las prácticas educativas y didácticas para impulsar el pensamiento y la decisión argumentada y legítima que debe caracterizar el hacer en la formación y, para ella, resignificar nuestras versiones de la docencia y así hacer cada vez mejor aquello que por vocación y por convicción nos convoca, y generar nuevos motivos para la pregunta, el diálogo, la innovación en pro de la transformación de los sujetos, sus realidades y sus contextos.

Jorge Iván Ríos Rivera
Vicerrector de Docencia

Contenido

Una invitación para habitar la universidad	11
Habitar como proyecto vital	12
Habitar como diversidad en la universidad	13
<i>Habitar como cuidar «social»</i>	14
<i>Habitar como ser y estar «ético»</i>	15
<i>Habitar como cultivar «académico»</i>	16
<i>Habitar como construir «estético»</i>	17
<i>Habitar como alimentar «estético»</i>	19
Referencias	20

Una invitación para habitar la universidad

El verdadero cuidar es algo positivo y acontece cuando de antemano dejamos algo en su esencia, cuando propiamente realbergamos algo en su esencia.

Construir, habitar, pensar
Martín Heidegger

El poder de una palabra radica en su fuerza y posibilidad para crear realidades o destruirlas. La *palabra* viene a ser un acto ilocutivo, es decir, al *enunciar* algo estamos *haciendo* algo, como afirma Austin (1990). De ahí que la palabra tenga la posibilidad de innovar, afirmar, resistir, dar valor en la medida en que la respetamos y hacemos uso de ella con honestidad, compromiso y responsabilidad. Esta antesala no es más que un pretexto para encontrarnos alrededor de lo que llamaremos *habitar la universidad*, pues el habitar es más que un enunciado; *habitar* lo entenderemos como una palabra cuya fuerza recrea el *permanecer* más allá de simplemente *estar* como ocupación de un espacio.

Muchos pensadores en la historia han considerado que el *habitar* puede llegar a ser propio de una forma de ser y estar-en-el-mundo, una forma de humanidad, la finalidad para quien esté en el planeta Tierra. En el caso del filósofo Heidegger, su pregunta vital fue acerca del sentido y el valor de la existencia humana en un contexto de la Segunda Guerra Mundial; encontró un camino de posible respuesta en la etimología alemana de la palabra *habitar*. Heidegger (1975) descubre que el habitar (*wohnen*) no solo significa *vivir*, sino que tiene una relación con *construir* (*bauen*) que significa residir, permanecer, cultivar, tener, cuidar, abrigar o acoger, percatándose de que de allí se derivan también el *ser* y *estar* (*bin*) como *acontecer* o *habitar en la proximidad* (*nachbar*) y que, a su vez, implican alimentar (*ernähren*) como el arte de comer y prevenir enfermedades. La pluralidad de significados sobre esta palabra

invita a pensar en términos de movimiento y cambio en el sujeto con una transformación de su entorno, al poner en evidencia que *habitar* es un movimiento de construcción del sentido vital como significado de lo humano y lo social; habitar como palabra tiene el potencial para construir un *fin* (*ethos*) como experiencia vital y proyecto común. Así que les invitamos a iniciar un viaje por la profundidad del *habitar*, entendido en el contexto de la universidad como un nuevo hito en la historia de la educación superior.

Habitar como proyecto vital

La arquitectura nos ha enseñado que los edificios y las construcciones nos hablan, nos confrontan, nos interpelan. Una iglesia gótica de la Edad Media nos muestra cómo los vitrales eran tan altos e inalcanzables como una posible relación directa con Dios, donde solamente podría entrar la luz desde *arriba* hacia sus feligreses, quienes, *abajo*, estaban en oscuridad. Una casa antigua con balcón, en Medellín, nos alerta sobre la importancia de un espacio abierto para sortear las olas de calor en ciertas horas o, quizás, para lanzar miradas a los transeúntes incautos con el fin de hacer seguimiento a sus vidas. Con estos ejemplos nos percatamos de que los espacios no pueden pasar inadvertidos. Las edificaciones, los sitios públicos, la casa, nuestro hogar, nuestra universidad no son solamente construcciones físicas, son también construcciones socioculturales que obedecen a imaginarios y representaciones acerca de cómo preparamos un espacio que nos haga sentir tranquilos, cómodos, satisfechos y felices.

De ahí que el *habitar* en el mundo va más allá del solo *estar* en un espacio. Se debe comprender como una *expresión existencial* que se manifiesta en la *construcción* del *yo* con la complicidad de *otros*, es decir, como acto político en la *construcción del nosotros* a lo largo de la vida en un espacio y un tiempo específicos. En primer lugar, la construcción del *yo* es la posibilidad para desarrollar los talentos e intereses de cada persona. En segundo lugar, la construcción del *nosotros* es la capacidad de asociar los diversos talentos para ponerlos al servicio de un proyecto común. Así mismo, el espacio es la disposición que nos permite reconocer la presencia del otro, un ambiente que nos da la tranquilidad de

seguridad, un hábitat que puede afirmar la vida y defender contra el temor de la muerte, un entorno protector. Finalmente, el tiempo es la extensión de un cúmulo de momentos vitales que dan sentido a la cotidianidad. Entonces, el *habitar es una forma de ser* (diversa, individual, humana, ética, autónoma, *una forma de estar con lo otro, con el otro, una forma de ser nosotros* (corresponsable, colectiva y comprometidamente), donde los ritos de la cotidianidad cobran sentido, donde el espacio se convierte en un lugar necesario para vivir y donde el tiempo es una conciencia de que el *ahora* es lo único que tenemos para construir un proyecto vital colectivo.

Habitar como diversidad en la universidad

Desde su origen, en la Edad Media, a la universidad se le ha comprendido como un *espacio de universalidad*, una totalidad donde los saberes circulan libremente y hacen parte de aquel universo que se vive, se experimenta y se construye en forma de comunidades plurales de aprendizaje. Desde entonces, la universidad fue un espacio de discusión donde se practicaba el *Sic et Non*, un método de enseñanza y aprendizaje por medio de la lectura, el examen de los argumentos con sentido crítico y el debate para poder establecer las posibles soluciones o aportes al conocimiento. Esta dinámica vital de la *universitas* que hemos heredado y practicado milenariamente se ha mantenido, buscando responder a las demandas sociales y los retos planteados en contextos particulares.

Sin embargo, hoy la universidad se debe interrogar sobre su papel. Si bien aporta y se enriquece de este mundo de conocimientos en lo cultural, social, académico y personal en función de la producción y el desarrollo de la condición humana, denotando su carácter diverso en campos de conocimiento y pensadores que la habitan, en la actualidad debe ser también un espacio de construcción del ocio, la familia y el sentido vital. Ahora bien, en esta reflexión nos asaltan las preguntas: ¿Qué significa *habitar la universidad hoy?*, ¿cuáles serían las disposiciones para alcanzar esta misión?, ¿qué demandan las generaciones actuales para que la universidad cobre sentido en sus vidas? Para dar respuestas es necesario abordar los diferentes aspectos que denotan el *habitar* y que muestran un movimiento de este a través del ser, cultivar, cuidar y construir.

Habitar como cuidar «social»

La relación de cuidado y cultivo está presente en el habitar. Cuando nos referimos al habitar por inferencia nos remite al concepto de *hábitat*, un espacio o ámbito donde diferentes organismos o sistemas vivos interactúan haciendo posible la vida. El hábitat es un organismo conformado por vidas y cobra protagonismo como actor que moviliza y es movilizado en las dinámicas sociales. Dentro del hábitat se ubican elementos de órdenes social, cultural, biológico, económico y político que, en permanente interacción, dan origen a nuevas formas de organización que se pueden reflejar desde relaciones entre pares hasta organizaciones más sofisticadas como las ciudades, los países o el planeta Tierra. Desde esta perspectiva, la universidad es un *hábitat* donde una comunidad de estudiantes, profesores, administrativos y egresados está en permanente interacción no solo entre personas, sino con otras formas de organización como el ambiente, la tecnología, las formas de vida cultural y económica.

La comprensión del hábitat como lugar permite reconocer que las particularidades y la identidad de estas formas organizativas, como la universidad, corresponden a una construcción social producto de la dinámica del *permanecer-devenir* y la interacción de individuos y grupos humanos diversos. Los organismos vinculados dentro de estos sistemas terminan asumiendo roles y comportamientos propios del hábitat que generan una cultura de interacción y, con esto, costumbres, valores, hábitos, prácticas de cotidianidad y prácticas académicas que involucran a los demás como órganos de un mismo cuerpo.

De esta forma el hábitat, como dinamizador de la cultura, juega un papel fundamental al involucrar a los organismos en su dinámica organizacional, siendo una disposición para el cuidado entre sí, donde se custodia lo más importante que es la relación con el otro, se cultivan el reconocimiento, la aceptación y la valoración de lo otro y del otro, en su diversidad de creencias, identidad de género, principios y valores morales, trayectorias familiares y personales. En el *habitar como cuidar social* los valores de respeto, compasión y urbanidad hacen parte del mapa ético que dispone las relaciones humanas.

Por esto, el cuidado involucra a uno mismo y a los demás, abriéndonos a la experiencia del encuentro con el otro (estudiante, docente, administrativo) y a lo otro (tecnología, cultura, conocimiento, ciencia) que al final se convierte en el lugar para permanecer reconociéndonos como ciudadanos que entablan relaciones con los demás y cuyo *ethos* se encuentra en la construcción de un proyecto personal y colectivo contextualizado en la amistad con el mundo, el culmen de la virtud que para Aristóteles se enmarca en la relación recíproca, de mutua elección, en la que hay amabilidad con lo amado, donde se da la libertad de elección. En definitiva, el hábitat es donde se construye y reinventa permanentemente un proyecto, donde se cuida del otro en la amistad, donde se asume la academia como sabiduría para el buen vivir, como propósito de cualquier sociedad y, por tanto, de la universidad.

Habitar como ser y estar «ético»

El *ser* en la universidad va más allá de un ejercicio cognitivo; es la construcción del *yo* a partir de la confrontación de las propias convicciones, de lo que somos, de lo que creemos, de lo que sabemos; su propósito fundamental es la construcción de nuevos conocimientos que den sentido a nuestras miradas del mundo, de la sociedad y de nosotros. El *ser*, asimilado también como *estar*, corresponde a la posibilidad de *existir*, es decir, ser reconocido y valorado en la transcendencia, la individualidad y la integridad de nuestra identidad como personas. Sin embargo, este *ser* en la universidad es movimiento en dos sentidos. El primero se comprende a partir del poder ser con libertad, sin miedo a los prejuicios; estamos en permanente cambio, en transformación de un *poder ser* y, por tanto, habitamos en un espacio como la universidad a partir de un ser que se construye y reinventa de forma constante. El segundo sentido se aboca a la necesidad de entender que la libertad es un proyecto político que implica a los demás; de ahí que se es y se está en un colectivo que se mueve siempre hacia un *ethos* común. El proyecto nunca es estable, cambia y se adapta, lo que nos denota que la permanencia no es quietud, sino dinamismo, movimiento y transformación.

Por tal razón, *ser* como *habitar la universidad* es la posibilidad de formar la propia personalidad al lado de otros, junto con unas habilidades

que permitan alcanzar el gran propósito de la vida que es la plenitud intensa y el bienestar en todos los sentidos: éxito, felicidad, logro, amor, vitalidad. *Ser ético en la universidad* implica comprometerse con un proyecto personal y colectivo que involucra a otros (padres, profesores, estudiantes, sociedad); *ser en la universidad* es permanecer en constante movimiento, ser fuerte, ser perseverante, tener tenacidad para vivir con pasión la academia, confrontar y transformar nuestros imaginarios y convicciones, asumir con criticidad la cultura, construir la amistad, vivir el compañerismo, asumir la investigación como la progresión y superación de los posibles obstáculos, pero enfocada en la actividad creativa realizada.

Entonces, habitar la universidad es *ser ético* en el compromiso académico apasionado, en la responsabilidad social con lo otro y el otro, en el reconocimiento personal desde la diversidad e individualidad, la vivencia alegre, creativa y dichosa de los espacios culturales, dando lugar a que, mientras tanto, se pueda tomar la decisión deliberada de *no habitar la universidad* al buscar otro espacio y tiempo para construir su proyecto particular o aunarse a uno colectivo más afín con sus nuevas perspectivas de existencia. En definitiva, como diría Onfray (2000), «una actitud entusiasta que se pone en acción de manera amplia y profunda» para hacer de la propia vida una obra de arte y una construcción social para los demás.

Habitar como cultivar «académico»

Al pensar en la palabra *cultivar* nos remitimos a algunos vocablos asociados como culto, cultura, cultivo y cultural, todos referidos al arte de la siembra, del cuidado, al cultivo de la sabiduría, al *estar* en el templo y a *construir* conocimiento. El *cultivo de sí* es una expresión propia de la filosofía que desde la antigüedad se ha considerado principio vital de todo aquel que gesta un proyecto personal y quiere vivir con convicción y compromiso. En la dinámica del *habitar la universidad*, cultivar corresponde a la academia, un espacio que nos recuerda aquel *jardín* donde Platón impartía sus enseñanzas que trasegaban por el arte, la ciencia, la física, la pedagogía, la ética, la política, el amor y todos aquellos saberes que, en su momento, se enunciaron como filosofía.

Esta mirada vigente de los pensadores antiguos nos lleva a repensar el alcance de nuestra academia, pues, a diferencia de lo que plantea la modernidad, esta dimensión del *cultivo de sí* o de la cultura obedece a la predisposición que tenemos para aprehender, incorporar y habitar todo aquello que nos permite desarrollar el saber *ser*, saber *hacer*, saber *estar*, saber *disfrutar*, saber *convivir*. Paradójicamente, el *cultus* latino estuvo vinculado al *colere* o trabajo de la tierra, asociando expresiones como dar, habitar, cuidar, proteger, honrar con adoración, todos términos en relación con la actitud de una presencia de proximidad que implica un modo de vida, unos hábitos y costumbres, unos conocimientos que se enfocan a los desarrollos artístico, científico e industrial en una época, en un grupo social.

En este sentido, habitar la universidad como *cultivar académico* implica asumir una actitud humanista de permanentes aprehender y aprender, donde cobran relevancia tanto la ciencia como el arte, las matemáticas como la literatura, la erudición como la sabiduría, siendo las primeras más cognitivas y las segundas más vivenciales. Esta visión de lo humano propia del ser que habita la universidad se convierte en el propósito de una experiencia de vida académica donde se está en un espacio, pero cultivando y formándose en la sensibilidad, en el conocimiento empírico, en la técnica y el rigor científico, en la responsabilidad ciudadana, en el cuidado del cuerpo; en definitiva, el cultivo de sí para vivir y enfrentar los problemas de la realidad en contexto.

Habitar como construir «estético»

De acuerdo con Illich (1989), el habitar es *dejar huella, dejar rastro* por medio de los objetos y la memoria de aconteceres, rutinas, ritos y rituales que no acaban, que se construyen y reconstruyen. Según el pensador, habitar implica trasladarse del ámbito de la producción al de la convivencia, donde el valor de lo técnico es sustituido por un valor ético, donde el valor de lo material se supera por lo logrado. Ante esta afirmación, se muestra que la importancia de construir radica en su naturaleza de acto simbólico, que se materializa en la comunicación ética y estética de una mirada particular del mundo y que no es ajena a las dinámicas de las construcciones donde el ensayo y error generan triunfos y fracasos.

En el sentido común, el *construir* se ha reducido al *hacer*, omitiendo que *el cuidado del otro, el ser como construcción existencial de sí mismo, el construir como configuración de una sociedad diversa y el construir como la vivencia diaria con plenitudes y frustraciones* son parte del proyecto vital del ser humano y la sociedad. Así, el habitar como un *construir estético* desborda lo bueno, lo bonito, lo fácil, lo inmediato; la tensión del construir busca afianzar una identidad del ser humano en el mundo físico y sociocultural en que se ubica, donde se demanda de formas de pertenencia con el lugar que se habita. Construir es propiamente habitar y habitar es un permanente construir; es un recorrer de largo aliento que implica paciencia, acumulación de fuerzas, cálculo de emociones y reconocimiento de los derroteros y debilidades para alcanzar los propósitos vitales.

En una sociedad en la que la positividad es una nueva forma de alienación, como lo habla Han (2014), el habitar como construcción confronta las formas tradicionales o contemporáneas del éxito con una mirada más vitalista del esfuerzo, de la ferocidad por alcanzar los logros, de perseverar por alcanzar la meta propuesta o cambiarla en el camino, de tomar la decisión de *no habitar* por deseos emergentes, de luchar por sostenerse en los principios y sentidos de vida, de contemplar lo *bello* como una experiencia de bondad y conocimiento de lo dado, omitiendo todo utilitarismo de lo *bonito* y *superficial*. El ser humano *es* en la medida que habita y de ahí la importancia de reconocer que el *habitar se construye y se constituye en la meta*.

Al final, lo estético debe llevarnos a pensar en habitar como *un sentir, apropiarse y reconocer la presencia* de quienes están en este espacio y tiempo, lo que significa que hay un derecho al *habitat* como espacio creado, es decir, un lugar construido con unos valores particulares de la academia, con tecnologías al servicio de sus habitantes, en corresponsabilidad para construir esta morada universitaria de forma autónoma como comunidad de aprendizaje. Habitar como construir es *mostrarse* en la complejidad e individualidad de las emociones que se asocian a lo académico, lo familiar, lo cultural, lo social, donde la interacción con lo otro posibilita el reconocimiento de la presencia como algo *bello*, pero también distinto, diverso, raro, ajeno a mí; una experiencia personal de libertad de expresión y capacidad creadora

de lo sensorial, con una sensación de paz y acogida por parte de una universidad que comprende, que escucha y se convierte en el hogar como construcción sociocultural de un hábitat abierto para embellecer la propia vida.

Habitar como alimentar «estético»

La mesa es el espacio del habitar que permite no solo satisfacer una demanda biológica de alimentación, sino propiciar el encuentro; se construyen los lazos, se comparten las alegrías y tristezas. Es el lugar donde se edifica comunidad alrededor del alimento. Es en la mesa donde se habla de la experiencia propia que nos envuelve en componentes esenciales como la hospitalidad, la ceremonia y los rituales cívicos y religiosos.

En este sentido, el habitar la universidad implica también alimentarse como asimilación; es la posibilidad de estrechamiento de lazos comunitarios, el encuentro alrededor del alimento donde el gusto y el olfato se elevan a la dimensión del conocimiento que se complementa con las experiencias de la vista, el tacto y el oído, propias de la academia. De ahí la importancia de la alimentación, pues como acto político es la posibilidad de solidarizarnos con quien no tiene comida, pero también como contestación al demostrar que el aprendizaje pasa por el cuerpo y, por tanto, la alimentación es fundamento para vivenciar esta dimensión de habitar la universidad.

Conocer y comer vienen del mismo concepto al estar ligados a la sensación de hambre; un hambre que, en términos materiales, demanda de los alimentos con nutrientes vitamínicos, pero también un hambre simbólica que se puede traducir en deseo e inquietud por alimentar al ser con conocimiento, cultura, sabiduría. Esta perspectiva la hemos heredado de los griegos, quienes tenían como premisa que «según como se come, se piensa», la cual llevaban a su vida filosófica en el habitar como arte de vivir que implica alimentar como bien verdadero para el alma y el cuerpo (Platón, 2007).

De esta manera, la alimentación es fundamental para comprender que en el habitar como cultivo también el cuerpo es fundamental, dada

su prioridad para minimizar los problemas de hambre y desnutrición, pero también para entender que en el cuidado de sí la nutrición condiciona lo sano, lo bello y lo saludable. La alimentación también se incorpora desde el aprendizaje, lo que propicia una experiencia de relación total con el objeto gozado.

Finalmente, la experiencia del alimentar se imbrica en el habitar, siendo una condición vital para estrechar una relación del aprender entre cuerpo y mente, donde el cuerpo manifiesta en su salud lo verdadero y estimula la cognición como posibilidad de encuentro. No solo es el alimento del espíritu, como en el mundo platónico, sino que es el enriquecimiento corporal donde cobran vida y sentido para dar lugar al proyecto como humanidad.

Referencias

- Austin, J. L. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Heidegger, M. (1975). *Construir, habitar, pensar*. Teoría.
- Illich, I. (1989). *La reivindicación de la casa. Alternativas II*. Joaquín Mortiz.
- Onfray, M. (2000). *Construcción de uno mismo*. Perfil S. A.
- Platón. (2007). *República*. Gredos.



**Estrategia de permanencia estudiantil
«Habitat la universidad»**

Fuentes tipográficas: Garamont para texto corrido, en 11 puntos,
para títulos en Garamont 14 puntos y subtítulos en Garamont 12 puntos.

Línea Profesional

«ITM Académico» da vida a una serie de publicaciones derivadas de la reflexión, la experiencia y los aprendizajes institucionales con el ánimo de ofrecer material ágil en sus posibilidades de comprensión y de fácil acceso, relacionado con políticas, lineamientos y reflexiones inherentes al quehacer pedagógico y académico cotidiano.

Sus destinatarios: los docentes y el personal académico administrativo, además de todos aquellos actores comprometidos con la conquista de los propósitos inherentes a la formación integral de los estudiantes, encontrarán en estos recursos orientaciones altamente útiles, contextualizadas en los fundamentos y las estrategias para la acción del ITM, y en las realidades y tendencias de la educación superior en el país.

Deseamos que este compendio, abierto a la actualización permanente, se constituya en pretexto para la mirada —en clave misional institucional y pedagógica— a las disposiciones inherentes a los programas académicos y a las prácticas educativas y didácticas para, con ello, impulsar el pensamiento y la decisión argumentada y legítima que debe caracterizar el hacer en la formación y para ella, resignificar nuestras versiones de la docencia y así hacer cada vez mejor aquello que por vocación y por convicción nos convoca, y generar nuevos motivos para la pregunta, el diálogo, la innovación en pro de la transformación de los sujetos, sus realidades y sus contextos.

Jorge Iván Ríos Rivera
Vicerrector de docencia



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación